

Estas que al principio eran sospechas, se hicieron mas profundas, por la exigencia con que en su cuartel se le recargaban los trabajos; por el empeño con que su muger anhelaba por ciertas concurrencias, y por la estudiada circunspección con que hablaba Lucesita del marqués.

Una noche, en su cuerpo de guardia, recibió en el canasto mismo de su cena un papel anónimo, que decía: *Cuida tu honor esta noche.* ¿Quién dá crédito á un anónimo? Pregúntalo á un celoso; pregúntenselo á miles: el anónimo cubre la arma; pero hace, por lo mismo, mucho mas peligrosa la herida.

Era una noche oscurísima: en una callejuela escusada, al costado de San Francisco de Veracruz veíase un hombre inmóvil, como una roca, que con los ojos fijos en una casa que parecía entregada al sueño, como sus habitantes: nada interrumpía el silencio, sino el murmullo sordo de la mar, que parecía descansar de su lucha con los vientos de los días anteriores.

Ya se disponía á retirarse el incógnito, cuando oyó unos pasos: fijó la atención, y se disimuló el ruido, como si una persona se aventurase á entrar por la calle escusada; á ese tiempo, el reloj dió una campanada: como si ella hubiera movido un resorte, abrióse una ventana, y el capitán desvaneció su acero, registrando con feroz complacencia su aguzada punta.

—Sr. marqués!

—Lucesita!

—Van á arbir.

Como se lanza un tigre á su presa, lanzóse el capitán con su espada sobre el detestable rival; éste estaba, al parecer, demasiado prevenido. Cruzábanse los aceros, arrojaban chispas, y resonaban con precipitación y fuerza extraordinaria: se oía el respirar fatigado de los combatientes; separábanse, se encontraban de nuevo, perdían y ganaban terreno, hasta que un extraño combatiente se presentó en la lid y tomó el lado del marqués, cargando frenético sobre el capitán. Defendióse éste contra una pared, y continuó en la lid con encarnizamiento: ábrese entonces la puerta de la casa, aparece una luz, lanza-se á ella distraído Camacho, y vá á caer junto á ella vacilante, traspassado por los dos aceros enemigos.

Moribundo, arrojando sangre, hizo Camacho un nuevo empuje: se alzó asiendo á sus adversarios del vestido, y bañándolos con la sangre que arrojaba: el ruido cundió; abriéronse los balcones; acudió la justicia; iba á asegurárse los criminales; uno de ellos se cubrió absolutamente el rostro, mientras el otro personaje llevó la luz á su semblante.

Los señores se descubrieron.—El Sr. oidor Bracamonte.

El herido estaba desmayado.

—Conduzcan vds. á ese hombre á San Juan de Ulúa.—Despejad.

—Buenas noches.

Ambos personajes se alejaron á paso mesurado de aquel sitio: la puerta entrecabiada se cerró, quedando la calle, como antes; envuelta en la oscuridad y el silencio!

II.

—Bendito sea Dios, mi capitán: lo veo á vd. muy restablecido.

—Difícilmente cicatrizan las heridas del alma, compañero, y ojalá las de mi cuerpo me hubiesen librado de un porvenir de desengaño y de vergüenza, por....

—Eso es faltar á lo pactado: capitán, recuerde vd. su promesa, de no tocar un asunto que termino siempre por lágrimas. ¡Voto vd! que enen en mi corazón; y mas que todo, pronto estará vd. libre; y entonces, por Cristo que queda tiempo suficiente para olvidar y reirse de una ingrata.... La indiferencia es el antidoto del amor mal pagado.

—Indiferente! ¡Pobre de mí! Indiferente, y la amo todavía! Y por mas que me envilece su infamia, el odio y el despecho con que la recuerdo me horrorizan; porque es tan íntimo, tan constante, tan apasionado que cuasi lo confundo....

—La muger quiere desprecio, capitán: todo el llanto de las hijas de Eva no vale la ceniza del puro de un valiente; tocar á olvidado, y amor con amor se cura, como dijo el otro.

—Inerrible me parece! Vd., Veracruz entera, la vió salir gozosa, triunfante, la vispera del día mismo que su detestable seductor, en medio de las salvas de artillería, y de los alegres repiques, partía á empuñarla el baston del mando; yo oí el eco de ese júbilo, revolviéndome de dolor en este lóbrego calabozo; me desvené mis heridas; golpeé mi frente en estas paredes hémidas, y aniquilado y desfallecido sollozaba en silencio despues, anonadado de sentir, y dándome á mí mismo compasión.... Era tan bella! De noche alzaba su cabeza de la almohada y la ponía sobre mi corazón; yo contemplaba su frente angelical; y al compeñer su cabello de seda con mis manos, lloraba de ternura; sí, compañero, la recordaba aquí, donde está la cicatriz de la herida que me hizo su infidelidad!

—Malo, malo, capitán; dejemos esto, que yo no tengo corazón de bronce.

—Capitán! ¡Pues cómo ignora vd. mi despejo! ¡Pues cómo ignora vd. las proposiciones vergonzosas que se me hicieron para partir de aquí rico, para España ó Manila, ó de deponerme con villipendio, por haber abandonado la guardia en aquella noche fatal....!

—Todo lo sabia; pero no soy yo quien habia

de afligir á tan guapo soldado con mis impertinentes noticias.

—Ahora se me pone una orden en las manos. ¡Insultante sarcamo! “El virey, usando de su indulgencia paternal, concede á vd. libertad” despues de tanto padecer, despues....

—Acepto, acepto la libertad y la indulgencia....

—¿Qué piensa vd. hacer?

—Pienso saborear con detenimiento y ferocidad una venganza, única y terrible, que pido de rodillas al infierno me la sugiera; pienso ir silencioso, y llegar á la opulenta casa de la que fué mi esposa; y llegar, y verla, y forzarla á que palpe mis heridas, á que me halle envejecido y pálido, y decirle yo: aun te adoro; pero.... ¡ah! y morir allí, á sus pies, de dolor; pienso á veces lanzarme en las orgias, apurar la prostitucion, presentarme á sus ojos con otra que me ame, mas bella y.... esto es imposible....

—Así se pierde la chaveta: capitán, piense vd. en divertirse, que mugeres hay, y donde menos se piensa....

—Bien, bien compañero, ¿se ofrece algo para México?

—¿Cuándo es la marcha?

—Dentro de tres días parto, en la noche; espero á vd. en los callejones de Vergara.

—Corriente.

—Abur, capitán.

III.

A cuántas mugeres pueden aplicárseles los versos del inmortal Saavedra:

*Era un sepulcro de luciente mármol,
De podredumbre y de gusanos cárcel.*

Cuántas de esas deidades terrenas, que brillan con el oro y pedrería, que viven seda, y mas bien se deslizan que andan sobre régias alfombras; que parecen dispensar á su arbitrio la felicidad, se horrorizan cuando descienden á su alma, mazmorra de crímenes inmundos; y rien, y parecen felices, y alegran las tertulias, y embellean en los convites, y llevan un torcedor en el alma; es horrible el mundo de la realidad.

La suerte de Lucesita, en México tenia todas las apariencias de feliz; hablaba, y á su voz acudían cien esclavos, con la cabeza desnuda á ejecutar sus órdenes. Su vida era un festín prolongado; y el que dominaba la Nueva-España como un redil de ovejas, venia de incógnito, noche á noche, á sus pies, á obedecer sus caprichos y á acatar su voluntad, dócil como un niño.

El religioso decoro con que en aquella época se ostentaban relaciones de la naturaleza de las del virey, impedía la solemnidad á su crimen; pero en silencio disfrutaba Lucesita todos los gozcos que pueden honrear mas el orgullo de una muger; sin embargo, Lucesita era infelicitísima.

Hemos dicho antes, que la insustancialidad era lo mas dominante en su carácter; y que con la facilidad que habia condescendido con las criminales miras del virey, con la misma se atormentaba por la suerte de su esposo, á quien amaba; segun aman esas mugeres de la naturaleza de Luz.

Vivia en una calle escusada, donde, como hemos indicado, el virey de incógnito la visitaba: daba el frente de su casa á una calle, y el costado de ella á unas plazuelas entonces totalmente despobladas; la devoraba constantemente la tristeza, y ésta se hizo notar mas desde que el inocente fruto de su amor adúltero vino á recordarle momento á momento su crimen, y la suerte infeliz de su esposo.

Un día, era el 3 de Noviembre de 1717, á la caída de la tarde, avisaron á Lucesita que un desconocido deseaba hablarle, y que habia estado esperando desde antes que se sentaran á la mesa. Al escuchar el inesperado mensaje, cubrióse Lucesita de mortal palidez; ordenó que pasase el desconocido á la sala, no sin advertir al criado, que estaba muy interiorizado en sus secretos, que si notaba que la conversacion se aclaraba, mandase llamar precipitadamente á su compadre, el oidor Bracamonte, que vivia en la casa contigua.

A pocos instantes presentóse á su vista un hombre, que por los harapos que lo cubrian, su barba crecida, sus facciones cadavéricas y su estenuacion, nadie lo hubiera reconocido, si antes la infiel esposa no le hubiera adivinado con su corazón.

Quedaron inmóviles, frente uno de otro; ella con los ojos clavados en el suelo, y como una estatua; él con la vista fija, y aplomo sobre la frente de Lucesita.

—Señora: no sé como hablé á vd., porque mas que ningún otro sentimiento, me ocupa la vergüenza de la infamia que fríamente está vd. leyendo en mi semblante.

Lucesita hizo un movimiento de terror.

—Pregunto á mi ceguedad y á mi pasión cobarde, el objeto de una entrevista que mas me envilece á mí que á vd.; pero ya casi convertido espectro, luchando mi razon con mi amor, que me degrada, he venido á preguntar: ¿vd. sabe lo que es acibarar una vida entera, de quien la adora con frenesí? ¿vd. sabe lo que ha hecho? ¿vd. sabe lo que es la oblation de una existencia, por conseguir un objeto con quien se soñó de niño, por quien se deliró de jóven, en que se deposita como en una arca sacrosanta el honor, la vida, las ilusiones, el porvenir? ¿vd. sabe lo que es dormir un instante en brazos de quien nos acarioló al cerrar los ojos, y nos despierta hiriéndonos con alerosía?... ¿En qué pudo ofenderse? Yo obedecía tus caprichos como

loyes, yo te incensaba con mi ternura como si fueras un dios; yo te amparaba con mi corazón, como si fueras la hija de mis entrañas; yo con orgullo te presentaba como la señora de mi alma; y cuando estabas enferma velaba como un lebral á tus pies, humilde, cuidando tu sueño.

—Lucesita sollozaba.
—Hoy que vendiste el tesoro de tu corazón para olvidar mi pobreza, honrosa y tranquila; hoy que ves las llagas de mi alma, llorando en mi abandonado lecho, tibio todavía del dueño ingrato, con mi vida de irritación y de mendicidad, amándote aún, amándote con dolor, con resentimiento de no poder te odiar.

—Lucesita estaba de rodillas, ajando su vestido de seda, con las manos levantadas, implorando perdón.

El criado la oyó, y partió á cumplir sus órdenes.

—Perdon, esposo mio, perdon ¡ah! Soy tan desgraciada; ¡perdon! Compadece me, te-----

—Compasion, compassion, de vd., señora, en altitud y opulencia; compassion, el mendigo que pedia en el calabozo una gota de agua, cuando en tu mesa rebosaban los liciores de los festines...

—Fui engañada, se me ofendió mejorar tu suerte.

—Mientes.

—Me ofrecieron tu dicha.

—Mientes.

—Crei sacrificarme á tu felicidad.

—Silencio: mientes; yo no quiero, yo no esci-

jo satisfaccion; venia á verte, á que este contraste de mis harapos y tu gradeza te acusara, y te acusara esta tez marchita, y te acusaran estas cicatrices de la sangre que fecundó tus placeres criminales. Remordimiento eterno á tí, que crearás verme interrumpir tu deleite; á tí á quien mi recuerdo te hará el sueño inquieto y acibarará tus manjares; yo te adoré porque eras mía, y tu posesion la debí á Dios; yo te adoro, porque criminal y perjura, me atormentas con esta fiebre de felicidad frustrada.

—Iré contigo, lo renuncio todo; ten compassion de mí. Ah!!!

Esta exclamacion se la arrancó á Lucesita la presencia real, á su instruccion variada, y á su verdadera educacion, descubrian muchos una careta que solapaba hondos pesares, y una mira sombría é indefinible.

Para dar mayor viso de verdad á la dolorosa parodia que se habia propuesto desempeñar, comestió algunos desaciertos por los cuales, con satisfaccion del virey y del oidor, volvió á S. Hipólito; saliendo á pocos dias de tal modo conceptuado de demente, que aquella era segura garantía para que gozara sin zozobra el virey su amor criminal.

Muchas veces Lucesita dejó peserosa el paseo,

San Hipólito, dando recado al R. P. Fray Diego Morales. ¡Entienden!

—Vamos.

—¡Monstruo detestable, caiga sobre tí la maldicion de Dios!

—Señores: es inocente, no está loco.

—Señora: este nuevo balcón á tu esposo, afadirá un título á tu amor criminal.

—Su esposo, ah! ah! está loco.

El oidor retiró á Lucesita á las piezas interiores, amenazándola en voz baja con el escándalo y su perdicion.

La justicia condujo á S. Hipólito á Nicolás José Camacho, que fué recibido bajo la partida siguiente:

“Nicolás José Camacho, hijo de Lorenzo Camacho y de María Osorio, españoles; casado, de edad de 28 años, criollo de San Juan del Río, entró demente en este hospital y convento de S. Hipólito, á 3 de Noviembre de 1717 años.”

IV.

Quiero pasar en silencio los tormentos que sufrió Camacho en aquel sepulcro de la razon, con la sociedad de hombres que se mueven, que hablan en desconcierto como produce sonidos una harpa abandonada al viento; sin embargo, conduxose de tal modo circunspecto, y por mejor decir, fué tal el desprecio con que lo vieron sus enemigos, que á los pocos meses andaba en la calle; pero Camacho tal vez con miras futuras, fingióse realmente loco, pasando por la befa y el escarnio público.

Tal estado de demencia regocijó al virey, y aun á Lucesita misma, que se creyó en cierto modo libre de un formidable perseguidor.

Vagaba indistintamente, seguido de los muchachos y del populacho curioso; y ya entraba diciendo á un cuerpo de guardia, que era el redentor del mundo; ya en las tabernas ó los paseos públicos predicaba sermones disparatados, recibiendo en cambio, mendreros duros de pan y algun otro alimento de que subsistia.

Era llamado generalmente, “el loco;” pero cuando alguna vez, rodeado de una sociedad escogida, tomaba la palabra y daba vuelo á su elocuencia real, á su instruccion variada, y á su verdadera educacion, descubrian muchos una careta que solapaba hondos pesares, y una mira sombría é indefinible.

Para dar mayor viso de verdad á la dolorosa parodia que se habia propuesto desempeñar, comestió algunos desaciertos por los cuales, con satisfaccion del virey y del oidor, volvió á S. Hipólito; saliendo á pocos dias de tal modo conceptuado de demente, que aquella era segura garantía para que gozara sin zozobra el virey su amor criminal.

Muchas veces Lucesita dejó peserosa el paseo,

porque descubriendo desde surico forlon un grupo de gente, distinguia en medio de él al loco infeliz, objeto de la rechifla general; otras veces, cuando estaba dominando en su tertulia agasajada por su voz sonora, oía una carejada convulsiva, que le era muy conocida, y cesaba su canto; y hubiera querido sofocar con el aliento el murmullo burlon del populacho, que seguia al pobre loco.

Era el 16 de Junio de 1718; la gente hormigueaba en la estensa plaza de la hermosa México; los cajones de géneros, frutas, vitualas &c., estaban con esmero adornados; y una primorosa enramada, marcaba el camino de la solemne procesion del Corpus; siguiendo á los *gigantes*, cantando dirivado frente á las posas, y danzando ágil junto á la tarasca colosal, con su séquito de muchachos, mugeres y gente perdida, iba Nicolás José Camacho, tan pronto comenzando con gravedad risible una loa, como entonando el *Tedeum*, en medio de los silbidos y la algazara general.

Pasó la procesion, siguiéronse los coches que conducian á los señores de la audiencia y tribunales; y despues todos se quitaron los sombreros, porque pasaba el señor virey acompañado de sus ministros, solo el loco quedó con su sombrero puesto, y con los ojos hechos áscuas fijos en el forlon del virey; notó S. E. esta singularidad, y sonrió con insultante desprecio, siguiéndolo su marcha.

Una nube sombría pasó por la frente de Camacho; era la realizacion de un sueño de venganza, que habia refrescado con sangre sus labios sedientos, despues de muchos dias de padecer.

Escabullóse silencioso entre la multitud; atravesó por entre los puestos de frutas, y confundido entre el gentío se colocó tras el pilar que está frente á la escalera del primer patio de palacio.

Retumbó la última salva de artillería, y comenzó á entrar en palacio el acompañamiento de S. E.

Apéronse los ministros; despues dieron el brazo á S. E. para que descendiese, cuando al tocar el primer escalon, un hombre se le abalanza, oprime su pecho con fuerza herélica, veloz como el relámpago, y en medio de la estupefaccion general, le saca el espadín, y al tocar con la punta su corazón, lo asen de los brazos, estropean su cuerpo, cunde el murmullo, se convierte en alarma, se alza la grita; el virey pálido y desconcertado se oculta á la vista de todos en su habitacion; y Nicolás José Camacho, en medio de la execracion y las injurias de una plebe estúpida y servil, es conducido á una rigorosa prision, donde se le carga de grillos y se le forma causa con toda prolidad.

Al dia siguiente, ¡desfachatez inaudita! el virey mismo en acuerdo extraordinario, dió cuenta sobre el suceso acaecido, y se procedió á la formacion de la causa.

Ante esa audicion degradada y aduladora, cargado de opprobrio y sufrimientos, teniendo por presidente al virey, bajo su dosel de púrpura, apareció Camacho; su andar era reposado y digno, su continente tranquilo, su frente espaciosa, erguida, y sus ojos desafiando el crimen del odioso seductor, que fingia estar distraido, jugando con las borlitas del dosel.

Hizo la patria de la cruz, y con voz de trueno dijo su señal y nombre: preguntósele por qué se habia atrevido á sacar el espadín para el señor virey? Entonces su fisonomía cobró una indecible animacion; su sangre subió al rostro; y con una energia que dejó asombrado al numeroso auditorio, comenzaba la relacion de sus martirios, de su infamia, volviéndose alternativamente al virey y al oidor Bracamonte, que le veia con afectada compassion, diciéndole al escribano Sanchez que entendia la declaracion, ¡está loco! ¡Pobre del loco!

La lucha no fué indecisa un solo instante; todo estaba previsto; alzóse un murmullo despreciativo, levantó Camacho la voz; creció el murmullo; indignóse cabala tan inicua; acusó á la audiencia; mostró su pecho blanco con las cicatrices de la alevoza lucha; y el escribano lo hizo callar, asentando que habia prorrumpido en disparates, befa horrible que hizo estallar su furor; y así perdido con ese nuevo ultraje, agobiado por la presencia de un triunfo criminal, lo arrastraron de aquel sitio, pidiendo á gritos su muerte el concurso adúlador.

¡Para qué seguir uno á uno los trámites de esa causa escandalosa, formada por las sugestiones del virey, monumento vivo de degradacion y de bajeza? ¡Para qué citar la opinion del proto-medico, ignorante é inico, que despues de limitarse á hacer al infeliz Camacho pueriles preguntas, concluye asegurando su locura, y sin embargo pide se le castigue como perpetrador de un delito de lesa-majestad, *in primo capite*? ¡Y el parecer del fiscal, y todos conspirando contra el débil, con violacion escandalosa de la razon y la justicia!

De acuerdo el virey con Bracamonte, y haciéndose este ministro de una indulgencia pífida, interpuso los respetos del marqués influyendo con generoso olvido de su ofensa, para que á Camacho se restituyese á S. Hipólito, rapado y con el saco que vestian los dementes. Así, con aquel vestido de escarnio, con las entrañas desgarradas de odio y sufrimiento, atravesó Camacho á su prision entre los viles ministros del virey, y seguido de la algazara del populacho soez.

V

Continuó el marqués en el tranquilo ejercicio del mando, rodeado de honores y acumulando riquezas, como la mayor parte de los vireyes; un poco mas cauto en sus visitas á Luz, porque el suceso del día de Corpus habia sido muy ruidoso: concurría á su casa después de las once de la noche, embozado en su capa y seguido de su alabardero Manuel Delgado, que poseía su confianza.

Con el tiempo, y los obstáculos que habia tenido aquella pasión ilegítima, se hizo mas energética y poderosa, y el amor intenso que el virey profesaba á su hija, tan alegre, tan cándida y hermosa, hacía de su casa un solaz delicioso para reposar de las fatigas del mando.

Entretanto, Camacho gemía en su oscura jaula, y devoraba momento á momento una existencia emponzoñada por la persona mas amada de su alma.

El tiempo fué borrando poco á poco las impresiones que dejó el pobre loco por su atentado; y creyéndolo bastante manso y restablecido el guardían, le otorgó la libertad, no sin prevenirle sañe de México: así, al parecer, lo verificó; porque ni se veía en público, ni nadie, después de algun tiempo recordaba su nombre.

VI

Sin embargo, todo esto era apariencia y nada mas; Camacho oculto, accedía los parages que frecuentaba el virey, las horas en que se retiraba á la casa de Luz, imponiéndose en pormenores de que se supo aprovechar hábilmente.

Era la noche, todos saben el estado que guardaba la policia de México antes de la venida del inmortal conde de Revillagigedo, no se distinguía al frente de la casa de Luz, sino un follito de papel frente á un retablo de ánimas de la espalda de la iglesia; se oía el lejano ahullar de los perros, y los pasos de tal cual transeunte que volvía á su habitación; serían las nueve y media ó diez de la noche; en la acera de la casa de la esposa infiel no habia luz ninguna, y solo en el balcon del costado, que era de su recámara ardía descuidada una bujía.

Camacho hacia una hora que estaba enfrente, resignado y silencioso, viendo cruzar rápido de tiempo en tiempo, por la vidriera, el bulbo de su esposa, que parecia esperar con inquietud.

Ya desde antes habia atado una escalera de cuerda al balcon, por donde en cuanto escuchó las diez, ascendió rápido, presentándose repentinamente formidable á los ojos de su esposa, que quiso gritar; pero no pudo, porque la contuvo el imperioso ademán de silencio de su esposo.

—Retírese vd., retírese vd. ó grito, asesino!!! yo tengo poder, yo....

—Poder!!!

—¿Qué me quiere vd.? ¿Cuál es su objeto de arrojarse aquí como un bandido?

—¿Aun insultarme? ¿Aun no morir de remordimiento y de vergüenza!

—Yo he pedido á vd. perdon; lo ha rehusado. ¿Nuestra union es imposible, imposible!

—Perdon, y cuando manchado de afrenta, verdugo de mi alma, vengo á tí por una pasión profunda, me columbias con la irrisión, me dejas arrear de tus brazos como demente, sales á tu balcon á verme escárnio y juguete del vulgo!

¡Compassion! Perdon!!!

—Caballero, cese este diálogo.

—Vengo á apagar una sed que hace tres años me devora en un desierto de desamparo y de infamia: mira, mira mis lagrimales tostados con mi llanto, ¡ah! ¡maldita seas!

A este tiempo, cuando las oscilaciones de la luz batida por el viento, daban á aquellas dos figuras cierto aire fantástico y diabólico; cuando la actitud altanera de la muger, y los ojos desencapados, el temblor de los miembros, y el rechinar de dientes del hombre española; viva, alegre, brincando en uno de sus pies, moviéndose como una Sifide, con su pelo flotando en la espalda, juguetona entró la hija de Luz, que quedó en silencio; ¡vista del desconocido! Este al verla, al ver las facciones de su padre, lanzó su horrible carejada; la muger la comprendió; lanzóse al suelo, se arrojó para oprimir sus rodillas.

—Mamá! Mamá! ya viene papá.

Tocaron la puerta; Luz sonrió con desprecio indicando al loco el balcon.

—Este, sin darle tiempo á mas, se lanzó á su cuello con ambas manos, lo comprimó convulsivo, mezclando su risa al estertor de la muerte; se oyeron unas palabras ahogadas, lanzó un último gemido: se desprendió Camacho de sus manos, é inmóvil y sonriéndola víd., con los ojos aun abiertos, vacilar sobre sus rodillas y quedar después de dos ó tres convulsiones tendida en el suelo sin movimiento.

La niña, azorada, llamaba á su mamá.

Camacho depositó rápido el cuerpo en la cama, y tomando á la niña en los brazos se dirigió al balcon.

A este tiempo, estando ya todo tranquilo, entró el virey.

—¿Lucesia, vida mia, ¿te has dormido? ¿Ya no me esperabas? Luz! Tomó entonces la bujía, se sentó en la cama, inclinó su cuerpo sobre el pecho de su amante, y lanzó un grito; habia reconocido el cadáver este grito fué contestado por la risa de estumbré del loco, convulsiva y prolongada. Aquel era un desafío á muerte: cayó el marqués sus cachorros, y se dirigió al balcon; Camacho, siempre riendo, estaba un escalon mas abajo del barandal con la niña suspendida de una mano, mientras se mecía con la otra en la escala.

—Infame, dame á mi hija, por Dios.

—¡Ah! Ah! Ah!

—Mi hija, si no eres víctima.

—Tíre vd., señor marqués; y puso á la niña sobre su cabeza, sirviéndose como de un escudo.

—Infame, ¡maldito seas!

—¡Socorro! Mi hija; ¡socorro!

Se volvió así gritando, á las piezas interiores; pero sin alejarse del balcon: entonces, Camacho descendió de la escala, y en la oscuridad se oyó su risa. Gritaba frenético el padre infeliz; á su voz acudió una ronda.

—Seguidlo, seguidlo.

—Se oyó una carejada al extremo de la calle.

—Entonces, volviendo la espalda la ronda, dijo al marqués:

—Señor, es el loco.—FIDEL.

EN LA IGLESIA DE.....

Oro brotar del órgano sonoro

Puro raudal de mística armonía;

Siento la ardiente inspiración que envía

La santa religión.

Las bóvedas del templo se conmueven

Al solemne erugir; arde el incienso,

Y del coro levántase al Inmenso

Profética oración.

Un bálsamo en mi pecho se difunde;

Puedo mas libre respirar; mis venas

En blanda pulsación agita apenas

De mi sangre el correr.

Mi alma á la sombra del altar se acoge;

Grato frescor mi pensamiento oreo,

Y vaga en él la consolante idea

Del increado Ser.

¡Por qué será que el misterioso ambiente

Que del templo los ámbitos recorre,

Tan pronto el llanto de mis ojos borre,

Y de mi alma el dolor!

¡Por qué será que al viejo peregrino

La sombra amiga de la aislada palma

Segue, del día en la abrasada calma,

De la frente el sudor!

Aquí está Dios, inmenso y poderoso;

Aquí derrama su gigante sombra;

Aquí la boca que con él le nombra,

Halla tregua á su sed.

Aquí es su voz el órgano sonoro;

Aquí una religión, como él, grandiosa,

Su mano omnipotente y misteriosa

Escribe en la pared.

Aquí luce la estrella de los tristes;

Aquí la Virgen del dolor me llama,

Y de su aliento el bálsamo derrama

Benigna sobre mí.

Como ella padeció, madre amorosa,

De mi amargo pesar se compadeció.

¡Ah! por eso mi llanto desaparece,

Y mi dolor aquí!

Tú, que en la oscuridad de mi existencia

Eres, Señora, luminoso faro,

Desciende á mi profundo desamparo,

A mi hondo penar.

Yo acudiré á tu templo solitario;

Yo aspiraré tu brisa perfumada,

Y aquí, en mi corazón, ¡Madre adorada!

Te elevaré un altar.

¡Con qué lengua decir, Virgen sublime,

Mi amor, mi adoración! ¡Cómo la vida

Con los ecos mundanos que suspira

Tan alto amor dirá!

Jamas mi corazón tu amor confunde

Con el amor tiernísimo de aquella

Madre, que flora en otra playa bella

De ese mar mas allá.

¡Oh flor del Paraíso! en tu santuario

Tu perfume adoré. Riega ¡oh María!

Por mí, cuando las tumbas dore el día

De justicia y terror.

No mi sentación temeré, si entonces

Tu labio ¡oh Madre! ante el Señor me nombra;

Si la escucho de hijos, á la sombra

De tu materno amor!

Julio 26 de 1843.—C. COLLADO.

El amor á la patria lo engendra la sensibilidad, lo corrobora la inteligencia, y lo pervierte la ambición personal; por eso, para los indiferentes, para los tontos y para los egoístas, el amor á la patria es una frase sin significación.

Una vida laboriosa y ocupada, y una esposa tierna y virtuosa con quien partir los pesares ó las dichas, es la felicidad mayor que puede alcanzarse en la tierra.

Las gaviotas lanzan gritos de júbilo y se complacen en necerse sobre las olas agitadas; hay hombre cuya grandeza solo puede conocerse en los peligros.

Las rocas no pueden detener el curso de los rios, y los acontecimientos marchan sin detenerse á pesar de todos los obstáculos.—V. Hugo.

¿Quién conoce el valor de un peso?—El que carece de él.

El entendimiento es la luz del alma.—El alma de un necio es un día sin sol.

DESTRUCCION DE LA ATLANTIDA.

PLATON nos habla de un gran país situado más allá de las columnas de Hércules; es decir, al O. de la entrada del Estrecho de Gibraltar, hacia el gran Océano. Esta vasta región se encontraba, según aquel filósofo, en la parte donde se pone Vesper, ó planeta Venus, y designa perfectamente el O. por el movimiento de los cuerpos celestes. Aquí, según la costumbre de los antiguos pueblos, de personificar hasta las cosas naturales, se encontraba el jardín de las Hespérides, donde un dragón guardaba los árboles que producían las manzanas de oro. Este gran país fué sumergido por un terrible cataclismo, que abriendo el Estrecho de Gibraltar unió el Océano Atlántico con el mar Mediterráneo, único mar conocido de los griegos primitivos y de los fundadores de la soberbia Roma, que colocaban á su estremidad las columnas de Hércules, ó límites del mundo conocido.

El mismo nombre de Océano Atlántico, conservado por tradición hasta nuestros días, no puede dejarnos duda acerca de la antigua existencia del país de los atlantes, que no es para mí más que las islas Canarias, formadas de montañas tortuosas y cortadas perpendicularmente (*abruptes*), que son los puntos culminantes de la antigua Atlántida que han quedado fuera del agua, después del hundimiento total de estas vastas regiones, que unían en otro tiempo el África y la América.

Los antiguos conocieron el país de los atlantes; pero no fué hasta más tarde, cuando sus interminables guerras con los cartagineses los condujeron á él, en tiempo de la primera guerra púnica. Esto es tanto más probable, cuanto que los cartagineses poseían una parte del reino de Marruecos, porque en la parte de Mogador se encuentran aun ruinas romanas, y muchas de sus medallas, de las que formé una buena colección durante mis numerosas expediciones por aquellos sitios.

Este país, según las tradiciones, estaba limitado al E. S. E. por la Atlántida, y un poco más al Sur por el lago *Tritónide*, que desecado hoy, forma el inmenso desierto de Sahara, en donde á más de doscientas leguas del mar, he encontrado magníficas conchas marinas, perfectamente conservadas entre las capas de sal marina llamada anatron, que se encuentran en este desierto. Casi todos estos semi-fósiles tienen aun

sus vivientes análogos, tanto en las playas africanas como en las islas Canarias; pero entre ellos se encuentran, de cuando en cuando algunas especies que probablemente pertenecían á este gran lago, que al desecarse las hizo perecer á todas.

Los hechos geológicos siguientes son una nueva prueba, que no debo pasar en silencio, de lo que acabo de decir.

Los ríos del continente africano presentan las mismas capas y los mismos terrenos que los de las islas Canarias; y esas mismas rocas de asperones (grés) calcáreos ó volcánicos, producen los mismos líquenes. Por todas partes se encuentra la orchilla (*Rocella tinctoria*), y las mismas plantas *Phanerógamas*. Además, en *Puerto-Ventura* la mayor de las siete islas, se encuentran tropas de camellos y de dromedarios, que se multiplican allí con la misma profusión que en la costa de África, y al S. en las montañas de *Andya*, se ven numerosos rebaños de cabras salvajes, parecidas á las que se encuentran en las montañas de Marruecos, y particularmente en el cabo Bojador.

Todos estos hechos coincidentes prueban de una manera incontestable, la antigua reunión de las islas Canarias á la costa de África. La ficción de los poetas es también una verdad. Las manzanas de oro del jardín de las Hespérides no son otra cosa, que el fruto perfumado del naranjo, que ciertamente es indígena de estas islas, pues yo he encontrado en ellas la impresión de las hojas, las flores y aun los pequeños frutos, en una antigua roca calcárea, cubierta de muchas capas de rocas basálticas prismáticas, que fueron producidas por las erupciones de los volcanes primitivos.

Estas señales extraordinarias se encuentran también en el centro de la isla la Gran-Canaria, en la vertiente S. de la montaña llamada *Dormas*. En este sitio he encontrado algunas impresiones de hojas de higuera, y algunos higos fósiles, conteniendo en su interior cristales de carbonato de cal. En una cantera abierta en la vertiente opuesta, para sacar piedra de cal, encontré entre las capas de esta formación algunos restos de sauce lloron [*saltix bablónica*], que no se encuentra vivo en esas montañas, y que tan común es en las costas septentrionales del África:

El dragón que guardaba las manzanas de oro, no es otra cosa que el *dracena-draco*, que se encuentra en las islas de *Tenerife* y la Gran-Canaria, de cuyo tronco fabricaban los antiguos atlantes sus escudos. Los poetas, en sus comparaciones mitológicas, dicen que el dragón vomitaba por sus cien bocas una sangre negra y olorosa, y el *dracena-draco* despidió continuamente, por los poros de su corteza, una resina olorosa de un rojo oscuro y violado, á la que han conservado los farmacéuticos el nombre de sangre de dragón.

Todas estas pruebas, históricas y geológicas, afirman la reunión de estas islas al continente africano: rústame probar, que también estuvieron unidas al de América.

Partiendo de Europa, y dirigiéndose del Estrecho de Gibraltar hacia el O., se encuentra una cadena de islas, que tocan por una parte á la costa de África, y por la otra á la de América. Las primeras son las *Azores*, la Madera, las islas Canarias, las de Cabo-Verde, las Lucayas, S. Martín, Puerto-Rico, Sto. Domingo, Cuba, que forman las grandes Antillas, la Dominica, la Guadalupe, Santa Lucía, María Galante, la Tortuga, la Martinica y la Jamaica, que casi toca á las costas de la América. Estas islas tienen una constitución geológica parecida á la de los Andes, y las cimas de sus montañas mantienen aun algunos volcanes en actividad, como los de la Guadalupe y Martinica. Y no se limita aquí esta vasta formación que parece salir de los Andes, sino que hasta la isla del Fuego, en el archipiélago de Cabo-Verde, es toda volcánica, de lo que le ha venido su nombre; y el famoso pico de *Teyde*, en *Tenerife*, humea aun y despidiendo vapores sulfúricos, que se condensan en las paredes del cráter formando hermosos cristales. Otro hecho positivo es la existencia de esos inmensos bancos de arena que comienzan en la costa de África, y se dirigen al S. O. con el nombre de gran banco de *Arginus*; el banco de Bahama, y más al Norte el de Terranova, que son otras tantas pruebas de que estos grandes continentes estuvieron en otro tiempo unidos, y que estas islas son los puntos más elevados de aquel vasto país, que han quedado al descubierto sobre la superficie del agua, como para atestiguar su antigua destrucción.

Las tradiciones conservadas por las hordas de salvajes de la América del Norte, corroboran también mi hipótesis. Durante el tiempo que permanecí entre ellos me dijeron muchas veces, que habían conservado una tradición de sus antepasados, que enseñaba que, en un tiempo muy remoto, su patria estaba unida á un vasto país situado en la parte por donde aparece el sol; pero que el gran Ser, para castigar á los hombres de éara blanca que habitaban esta parte del mundo,

los había sumergido bajo una inmensa masa de agua, vengando de este modo á los hombres rojos.

Estas tradiciones, unidas á las observaciones precedentes, y á las que siguen, servirán para levantar el velo que cubre la historia de unas regiones y unos hombres cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos, y darán igualmente un verdadero mérito á la hipótesis establecida con tanta claridad por el sublime talento del baron *Bory de St. Vincent*, á la que no he hecho más que añadir algunas pruebas materiales, producto de mis largas peregrinaciones científicas.

Me falta añadir á este artículo algunas observaciones mías, y son las siguientes.

Durante mi residencia en las islas Canarias, pude procurarme tres momias, un hombre y dos mugeres, conservadas según el método egipcio. El hombre es de una estatura gigantesca, lo que se conforma con las tradiciones sobre los antiguos atlantes. Las mugeres tienen los cabellos largos, negros, y trenzados con tiras de cuero teñidas de encarnado ó verde; el vestido está plegado por delante, y una especie de *zarape* corto les cubre el pecho. El calzado se compone de una suela fijada al pié con correas teñidas de encarnado, y guarnecidas de pedacitos de obsidiana muy bien trabajados. El hombre tiene por vestido una túnica y un manto fijado sobre el pecho por un nudo que ellos llamaban *tamarco*. Cuál sería mi placer, cuando llegado al interior de los Andes, encontré allí á las mugeres vestidas del mismo modo, y que su peinado era idéntico al de mis dos momias! Las armas que se encontraron con ellas, son la lanza, armada de una punta aguda de obsidiana, una honda, un arco, flechas guarnecidas de una escama triangular de pescado, y una especie de hacha doble, parecida á la maecana mexicana.

Su religión tenía mucha semejanza con la de los antiguos aztecas, y como estos, ofrecían al Sol la sangre de sus prisioneros de guerra, degollados por sus sacerdotes sobre un altar parecido á la piedra de sacrificios de México.

En las playas africanas, cerca del Estrecho de Gibraltar, se encuentran amontonados en medio de las arenas, esqueletos de animales, unos africanos, otros americanos, y algunas especies raras de que hoy no se encuentran los vivientes análogos, y que probablemente pertenecían escusivamente á la antigua Atlántida sumergida. Por otra parte, no hay memoria de que la América haya estado poblada de elefantes, y en las orillas del Ohio y del *Missisipi*, y hasta en la cumbre de los Andes, se encuentran muchas osamentas gigantes, de que he podido procurarme algunas, y entre ellas una columna vertebral entera, encontrada cerca de *Huesuetoca*.

Los monumentos de estas tres regiones, que han permanecido hasta nuestros días, son piramidales, lo mismo que los del antiguo Egipto, como las pirámides de Tempe en las fronteras de Tejas, y las que se encuentran en el Departamento de Puebla.

En la isla de Fuerte-Ventura, una de las Canarias, se encuentran en el estado salvaje numerosos rebaños de camellos y de cabras, que se hallan en abundancia en las costas de Mogador, y que no han podido atravesar por sí mismos un estrecho de doce á catorce leguas, ni ser trasportados por un pueblo que no tenía la menor idea de navegación.

Todos estos hechos reunidos prueban mi hipótesis, suplicando á mis lectores vean con indulgencia este trabajo, sobre una materia tan difícil de aclarar.

Hacienda del Mayorazgo, Junio 20 de 1843.
—Jean M. Despréaux.

[Escrito para el Museo.]

DE TIPHA Y MESINA.

MESINA es una gran ciudad situada á las orillas del mar, y su interior es espléndido. Todos sus numerosos palacios de mármol tienen magníficos pórticos de todos los órdenes de arquitectura griega y romana, según el gusto del que los ha hecho construir. Aquí dormí una noche con un buen amigo, que despues terminó sus días en la Habana del *tiphus icteride*; séame permitido dedicar estas líneas á la memoria de mi buen compañero, que fué víctima de la misma venganza que me persigue hace doce años con tanto encarnizamiento.

Al día siguiente, antes del alba, estábamos á caballo, acompañados de dos guías sicilianos armados como nosotros hasta los dientes, y provistos todos de una pequeña corneta de cobre, para poderse encontrar por sus sonidos, entre las asperezas y desigualdades de las montañas. Cuando comenzamos á subir, apenas la primera luz de la mañana adornaba el horizonte de una línea purpúrea que reflejaba sobre las cumbres nevadas del volcan, dejando aun en la oscuridad los sombríos bosques de pinos y castaños que lo rodean, cortados de profundas barrancas.

El camino, aunque pendiente y malo, es bastante hermoso, y cubierto á los dos lados de matorrales (*Erica arborea*), mezclados de madroños (*arbutus undedo*... *arbutus andachna*), de algunas palmas (*phenix dactylifera*) y *chamerops humilis*, cuya fruta se come verde como la coliflor. El suelo estaba cubierto de rosales, de violetas, de anémonas y de jacintos, cuyas hermosas flores celestes, perfumaban deliciosamente el aire que respirábamos.

Estábamos entonces en la primera region, porque en estas magestuosas montañas que bañan sus pies en el mar, y cuya altiva cabeza, siempre cubierta del humo espeso y betuminoso que sale de su cráter, va á perderse entre las nubes amentonadas que le sirren de diadema; la vegetacion está dispuesta por zonas isotermales, descritas por el célebre Humboldt en su viage á las regiones equinocciales. Pronto dejamos esta region encantada, y entramos en la segunda zona formada de bosques de laureles, cuya humilde vegetacion es enteramente distinta de la primera. La atravesamos alegremente, y llegamos á la region de los castaños, que forma la tercera zona. La vegetacion se compone de algunas especies parecidas á las plantas alpinas.

Presto el camino se hizo tan pendiente, que nos vimos obligados á dejar los caballos en poder de uno de nuestros guías, que se encargó de guardarlos, y comenzamos á subir con trabajo por una vereda de escorias y cristales volcánicos, entre los que crecen algunos piés de una nueva especie de violetas y algunos líquens crustáceos: pasada esta última zona, se halla la roca enteramente desnuda, y se camina sobre una arena volcánica, compuesta de cenizas, de piedras pomez y de obsidianas.

Una ancha cortadura por donde corria en otro tiempo un torrente de lavas negras cubiertas de ligeras escorias, da paso hasta la cima del cráter, y por allí subí con mi guía. Favorecido por el viento que llevaba el humo al lado opuesto, pude descender hasta el ángulo saliente de una roca, y cual nuevo Empedocles, sin tener por eso el mismo desigüo que aquel, mi vista pudo penetrar en la inmensidad del cráter á donde observé con sorpresa el movimiento de la lava que se elevaba y bajaba con un ruido sordo, imitando el flujo y reflujo de un mar agitado, y los gases que se desprendian venian á chocar en las paredes interiores, con una especie de silbido.

A poco rato comenzamos á bajar y bien pronto, llegados al lugar en donde habíamos dejado los caballos, tomamos el camino de Mesina.

Mayorazgo, Mayo 10 de 1843.—J. M. Despréaux.

[Escrito para el Museo.]

Pensamiento.

El que vive entregado á un vicio, sea el que fuere, debe esperar el efecto que producirá infaliblemente: si es holgazan, la pobreza: si desordenado, enfermedades: si lujurioso, una muerte prematura.—La virtud y el trabajo, proporcionan al hombre cuanto puede desear en esta vida.—R. R.

A LA SEÑORITA DOÑA ***.

ESCENAS DE LA VIDA DE MARIA STUART.



1816 y 1817 de C. C. de M. C.

MARIA STUART.

I.
Nació María Stuart en 1542 (1), en el castillo de Linlithgow, y fueron sus padres Jacobo V rey de Escocia y María de Lorena. Por la muerte del primero fué reina desde la cuna, y aun no llegaba á los cinco años cuando la solicitó Enrique VIII para esposa del príncipe Eduardo, heredero de la corona de Inglaterra. Su destino, por entonces, la llamaba lejos de su patria, pues destinada á participar de la corona de Francia con el Delfín (después Francisco II), la condujeron á S. German en Laya, y colocaron en un monasterio, donde su educación fué objeto de las mas prolijas atenciones.

Así, los primeros dias de la vida de María se deslizaron entre los tranquilos placeres de la infancia, y las agradables ocupaciones de su educación, de suerte, que cuando salió del monasterio á los 16 años de edad, era un tesoro de gracias, de virtud y de hermosura. En esa época fué conducida al altar por su gallardo esposo, á quien ella saludó con el título de rey de Escocia.

Diez y seis años, un corazón virgen, una alma pura y amorosa, un esposo galano y amable, dos reinos de que disponer, y un porvenir sembrado con todas las ilusiones y sueños de la juventud; he aquí los elementos que hicieron á María un corto instante, la muger mas feliz de la tierra.

La existencia de la reina, fué como se verá mas adelante, sombría, tempestuosa, y esa época corta tambien fué el único lampo de luz que cruzó por su alma, dejando siempre un vivo y tiernísimo recuerdo. A instigación de sus tios los duques de Guisa, tomó el título de reina de Inglaterra y de Escocia, lo cual despertó los primeros temores y celos en el corazón de su parienta Isabel, y causó grande efervescencia en los bandos religiosos que luchaban en ese entonces, con inaudito y bárbaro furor. A esta circunstancia se reunió la de la prematura muerte del Delfín; así es que María quedó huérfana y viuda casi á un tiempo, y comenzó su larga carrera de errores é infortunios.

La que poco antes tenía á sus plantas dos grandes y poderosos reinos, se vió de pronto sin ninguno. Triste y aislada en la popa de un baje, miró desaparecer entre las ondas del mar esa hermosa tierra de Francia, donde habia pa-

sado los dias de su niñez, donde se habia desarrollado su juventud, como la flor pomposa á quien el cuidadoso jardinero riega y cultiva con esmero; donde, en fin, habia recibido esas dulces impresiones de amor, y habia reinado por la hermosura, por el talento, y por el poder. Allá entre el rechinido de los mástiles y cables se escuchaban los acentos que la reina viuda y destronada cantaba.

Adios [2] hermosa region
Donde escuchaba ecos tiernos,
Donde los crudos inviernos
No me causaban pavor.
Adios florestas hermosas,
Donde en mis años primeros
Entre juegos placenteros,
No escuchaba mas que amor.

Quedaos, que yo abandonada
Surcando las negras ondas,
Penas crueles y hondas,
Desgarran mi corazón.
Quedaos, nacaradas flores,
Quedaos, cristalinas fuentes,
Que estas salobres corrientes
Me llevan lejos de vos.

Tristes y melancólicos ecos, que se perdían entre el ruido de las ondas, y morían entre las brumas y nieblas de la mar, como los últimos y pausados gemidos que exhalaba el niño al dormirse en el seno maternal: sentidas armonías que espresaban cuanto sufría la reina, al tener que volver á su país á vivir entre las nieblas, á escuchar el disonante acento escocés, y á luchar con el orgullo de una rival, y el capricho y barbaridad de sus súbditos.

Después de algunos dias de navegación, y escapando de los riesgos á que se vió espuesta, de naufragar en los escollos, ó de ser aprehendida por la flota inglesa, llegó á Leith, y seguida de sus tios y otros nobles, tomó posesion de su nueva capital, en medio de las aclamaciones de júbilo de un pueblo que se tenia por feliz en ser gobernado por tan discreta y hermosa soberana.

Puede decirse, que excepto algunas desazones anexas á quien lleva sobre sus hombros el peso

(2) La reina María compuso una balada, titulada: *Adios á la Francia*, que no hemos podido acabar de traducir por falta de tiempo.

(1) Biografía universal y diccionario histórico.

entero de un reino agitado por la ambición de la aristocracia y el fanatismo religioso, María gozó algún tiempo de calma y tranquilidad, dividiendo su vida entre los quehaceres del gobierno, y los ejercicios que se acostumbraban en aquella época; como eran las correrías á caballo por los parques de Edimburgo, la caza de halcones, y la pesca en los lagos.

Pero la naturaleza de María no era común; su corazón necesitaba amar; sus recuerdos juveniles, que sin cesar tenía delante, cesigian otro género de atenciones donde reconcentrar sus pensamientos. Pensó decididamente en casarse; mas como entre personas de familia real, se consulta para esto á los intereses sociales y políticos y no á los sentimientos del corazón, María no sabía á quién debería escoger de entre los muchos poderosos pretendientes que solicitaban su mano; hasta que por fin se decidió por Enrique Darnley, hijo del conde de Lennox. Resolvióse María á tal enlace porque había recibido favorables informes respecto á su futuro esposo, y porque también importábase hacer estrecha alianza con un noble que podía alegar fundados derechos á la corona de Inglaterra, caso de que Isabel muriese, ó de que el partido católico (papista) se robusteciese lo bastante para destronar á la protectora de la religión reformada. En todos estos asuntos estaba mezclada la oculta y astuta política de Isabel, y de los enemigos de la Escocia; pero en cuanto á María que entonces no cumplía veinte años, lo miraba mas bien como un negocio personal, y que iba á influir en su felicidad doméstica. ¡Cuánto se engañaba!

Niña como era la reina, y al parecer desuadada de los asuntos de estado, había conseguido calmar, hasta cierto punto, la irritación de los ánimos en el pueblo, y la insolencia de los nobles; y estaba de tal manera querida por sus súbditos, que de lejanas tierras venían los barones y condes á admirar su belleza, á bendecir sus virtudes, y á ofrecerle sus servicios y sus bienes. María era todavía feliz.

Muy pronto, un incidente dió ocasión para menoscabar su opinión y dar lugar á las murmuraciones de los partidarios, y vamos á ver ya el origen de todos sus infortunios.

Cazando un día en las cercanías del palacio de Hooly Road, con sus damas y comitiva, oyó los lejanos acentos de un laud. Procuró acercarse hacia el parage de donde salían tan dulces armonías, y vió en efecto, sentado al pie de un árbol, un joven de lengua cabellera rubia, ojos azules y espresivos, y tez rosada como la de una doncella. La imaginación romanesca de la reina se cesaltó; y dando la vuelta á palacio, ordenó que le llevasen á su presencia al melancólico y solitario cantor.

—Acércate, hijo mio, le dijo la reina luego que se le presentó delante el músico.

El joven se acercó temblando, hincó una rodilla, y besó la mano de María sin atreverse á levantar los ojos.

—Dime, ¡qué hacías ayer tarde, cantando en aquella soledad!

El músico se puso encendido, y con voz trémula contestó:—Señora, el cantar en la soledad es el único consuelo que queda á los desgraciados.

—¡Eres desgraciado! interrumpió María, dando á su voz un acento de ternura.

—Si señora, contestó el músico, fijando sus grandes y espresivos ojos azules en el rostro de María.

—Pues también tu reina no es del todo feliz. Levántate, trae tu laud, y canta una de esas baladas tan tiernas que te oí ayer.

El músico se levantó para ir á traer su laud; pero la reina le dijo:—Aguarda, deseo saber tu nombre.

—David Rizio, noble señora, humilde servidor vuestro.

—¡Y tu patria!

—Italia.

—Hermosa tierra; dijo la reina suspirando y haciendo seña á David para que saliese. A poco volvió á entrar y con una voz de esas dulces, amorosas, penetrantes, cuyos ecos suenan eternamente en el corazón, cantó una balada que hizo asomar dos lágrimas á los ojos de María.

David Rizio [3] era de una baja extracción, hijo de un músico de Turin; y llegó á Escocia con la comitiva del embajador del Piemonte. Su talento músico le dió por grados entrada al lado de la reina, y después sus maneras comedidas y su carácter afable le ganaron una confianza tal, que María lo nombró su secretario particular, y le dispensó grandes consideraciones.—A contar desde el día en que Rizio cantó la balada, su suerte cambió de tal manera, que su opulencia y su boato escitaron las quejas y animadversión de toda la nobleza, que no podía ser indiferente al alto favor que gozaba cerca de la joven soberana, un oscuro extranjero.

II.

La voz, las gracias, la adhesión sin límites de David, cautivaron á María de tal suerte, que sentía indefinible complacencia con su trato y sociedad, y despreciaba por tanto las murmuraciones de los nobles, siempre envidiosos y amantes de arrojar hiel en los mas licitos goces de una reina.

Era pues el carito de María á David, uno de tantos caprichos indefinibles de la mujer; sentía que el amable músico no fuese un príncipe

(3) Robertson, Historia de Escocia.

para poder partir con él su lecho y su reino; pero jamás el orgullo de soberana y el honor de dama, consintió que Rizio se tomase una licencia mas allá de los límites permitidos á un servidor (4) que no podía tener derecho por su nacimiento mas que á la benevolencia de la reina.

Entretanto María, á pesar de las intrigas de la reina Isabel y de la oposición de su hermano natural, el conde de Murray, que se hallaba á la cabeza de los protestantes de Escocia, resolvió casarse con Enrique Stuart, conde de Darnley; y se confirmó mas en su idea, cuando habiendo llegado éste á Escocia, vió María al caballero mas perfecto y mas hermoso que pueda imaginarse.

Las impresiones que hicieron nacer en el corazón de María los modales nobles y caballerosos de Darnley, su cabello rubio y su fisonomía varonil y hermosa, fueron finísimamente profundas. María no era, como hemos dicho, de esas mujeres que, elevadas á un punto culminante en su época, pierden la sensibilidad de mujer ante la púrpura y el cetro real. Este era el carácter de Isabel, que dominada por su orgullo jamás quiso partir su amor con un esposo, por no partir también una parte de su dominio y poder. María por el contrario, pensaba con el candor de una niña, en una tranquila y apacible vida doméstica; deseaba un corazón que comprendiera el suyo; un ser á quien comunicar sus pesares de mujer, y un esposo con quien partir liberalmente su poder y esplendor de reina. ¡Noble y tierno corazón, calumniado por los fanáticos y rastroseros partidarios de aquel tiempo tempestuoso! ¡Adorable y cándida mujer, que superior á las innobles pasiones y la barbarie de su tiempo, no podía ser comprendida ni por Darnley, ni por Leicester, ni por ninguno de los cortesanos que cercaban su trono. Dos gentes solamente sabían lo que valía María Stuart, y eran, Isabel de Inglaterra y el músico David Rizio. Pero la una rival y el otro plebeyo, solo se interpusieron en el camino de la reina para arrojarla en un abismo de desventuras.

No obstante este amor, María tuvo algún tiempo en completa incertidumbre á Darnley; tanto, que éste trabó amistad estrecha con David Rizio, el cual empleó su influencia con la reina para persuadirla á que verificase su casamiento matrimonial. Prueba evidente es ésta, que si existieron acaso afecciones amorosas entre David y María, cada cual conoció su posición, é hizo el generoso sacrificio que convenia (5).

Verifíquese al fin el casamiento de María con

(4) Voltairre en el Ensayo sobre las costumbres no vacila en afirmar que Rizio tuvo amores con María Stuart; pero esto no lo asientan ni Walter Scott, ni Robertson, quienes son de creerse mejores jueces en este punto histórico.

(5) Walter Scott.—Historia de Escocia.

Darnley (año de 1565), y fué solemnizado con demostraciones de júbilo por la nobleza y pueblo de Escocia, y la reina creyó ver realizadas por fin esas dulces y santas aspiraciones de felicidad doméstica.

Por su parte, con su corazón de niña, virgen, y entregado absolutamente á su pasión, prodigó á su nuevo esposo todo género de caricias, le dió mas parte de la que hubiera debido en el gobierno del reino; y despreciando el resentimiento de Isabel, el enojo del conde de Murray y el descontento de muchos de los nobles de Escocia, no perdonó ni la influencia que le daba su posición, ni los atractivos de su hermosura, ni sus sencillas coquetterías y mimos de jóven, para fijar de una manera positiva el corazón de Darnley. Cualquiera otro hombre, con una ligera dosis de sensibilidad, habría consagrado su existencia entera á amar y á complacer á una esposa semejante; pero Enrique no obró así. ¡Qué pensis que hizo! A los pocos días de su casamiento con María abandonó aquel porte caballeroso y moderado; y arrojando impudentemente la máscara, se entregó á todo género de excesos y de escándalos. Pasaba las noches en las tabernas y las orgías, y ébrio, manchado con los vicios mas degradantes, se iba á arrojar al lecho real, y á buscar con baldones é injurias, las caricias y el amor de la criatura mas hermosa, mas delicada y mas discreta de la época.

En los primeros días, María concibió la esperanza de atraerlo al buen camino, por medio de la dulzura y de las atenciones; pero nada bastó: los excesos, la brutalidad, y el áspero trato del conde se aumentaban de día en día. Cuando María vió traicionado de una manera tan brusca su amor; cuando se vió ultrajada torpemente, hollada y menoscabada su dignidad de mujer y de soberana; cuando, en fin, vió con la luz de la realidad, que la esperaba una vida de continuados é insufribles tormentos, y que sus ilusiones de felicidad doméstica habían sido unos frágiles castillos levantados en una imaginación de veinte años; entonces cambiaron naturalmente sus sentimientos. La ingratitude es el único que destruye el amor, y María si no tenía derechos al amor de Darnley, porque es un sentimiento espontáneo, si los tenía á su reconocimiento. Había sido reina de Francia, lo era de Escocia; tenía veinte años y estaba en la mas risueña aurora de su vida; y títulos, honor, poder, belleza, talento, amor, todo lo había dado á su esposo, y éste hollaba tantos tesoros juntos y se entregaba á la crápula y á la disolución. ¡Terrible situación en que se pone á la mujer en la alternativa de morir de pesar ó de cometer un crimen!

Nos hemos detenido algo en esta escena de la vida de María, porque es, por decirlo así, el eslabon de la cadena que condujo al cadalso,

y porque no siendo estos unos graves y serios estudios históricos, deben tomarse en cuenta estos acontecimientos domésticos, que tanto influjo tuvieron en los públicos de los tiempos calamitosos de Escocia, en la época en que hemos colocado esta narración.

A medida que la reina concebía mas aversión por Darnley, aumentaba la privanza de David Rizio, y por consecuencia la odiosidad contra él de los mas poderosos cortesanos. La estrecha amistad que había unido á Rizio y Darnley, se había roto enteramente; y el segundo creyendo que los consejos del primero, impedían á María coronarlo rey de Escocia, se unió con los lores amigos de Murray y encarnizados contrarios del músico, y se decidió á deshacerse de él por cualquier medio por reprobado que fuese.

Necesitamos descansar algun tanto, para armarlos del valor suficiente para referir tan horrorosa é infame catástrofe.

III.

Era una noche del mes de Marzo de 1563, cuando María estaba en una de las góticás salas del palacio de Holy Rood en Edimburgo, reclinada en un sillón de púrpura y sumergida en la mas profunda meditación: sacóla de ella la llegada de un servidor que le anunció que el Señor David Rizio, pedía permiso para hablar á S. M.

—Que entre, dijo la reina; y al mismo tiempo que salió elierado entró David, vestido elegantemente, con su peripute de terciopelo bordado de pedrería y oro, y una especie de capa ó ferreruelo que con gracia y donaire caía sobre su hombro derecho.

—Mucho te has hecho aguardar, mi buen David, le dijo la reina, procurando dar á su rostro el aire de benevolencia que le era habitual.

—Con verdad he tardado mas de lo que quería, mi noble señora, respondió David, doblando una rodilla y besando la mano de María; pero he tenido que atravesar algunas calles escusadas para llegar á palacio, pues sabeis que cada favor que me otorga la clemencia de V. M., me cria un enemigo mas.

—¿Es posible, David! repuso María con agitación: no creia, en verdad, que se atrevieran á atentar contra la vida de uno de mis servidores. Ya se vé, David, lo harán porque la ingratitude y la perversidad, reina entre esos que se dice forma lo mas noble y escogido de mi reino; mas si sabes quienes están complicados en esta trama, dímelo, que los haremos entender que á pesar de los sinsabores y hiel que ha arrojado en mi corazón mi noble esposo, aun queda bastante poder en nuestras manos reales para castigar á los traidores.

—Gracias, mi noble reina, por tantas atencio-

nes, contestó David en tono humilde; pero vuestro servidor sabe manejar una espada tan bien como el laud.

—Vamos, David, repuso riendo la reina; te has vuelto demasiado temerario y . . . no diré mas: pero sabes no gusto de que se me digan cosas que no sean ciertas.

—¿Cree por ventura V. M., interrumpió David, que no sabría defender mi vida?

—Lo que creo, David, es, que mientras estés bajo nuestra real proteccion, á nos toca cuidar de esa existencia; y á vos, cantar y pulsar el laud para disipar la tristeza de la reina de Francia y de Escocia, y diría de Inglaterra si no temiera que se enojase mi noble hermana y tutora Isabel.

David tomó el laud, y la reina sonando una campanilla de plata dió orden para que trajesen la cena é hiciesen entrar á la condesa de Argyll y á dos de las damas de honor.

A poco momento comenzaron á saborear los esquisitos manjares; y David con sus trobas, y la reina con sus agudezas y buen humor, sazaban la cena [6].

De improviso, y como si fuera una evocacion infernal, apareció un caballero armado de punta en blanco, pálido, y con las mejillas y ojos hundidos. María se sobresaltó por lo pronto; pero recobrando su tranquilidad dijo:

—¿Podremos saber el asunto que trae á nuestra presencia al lord Ruthven y por qué causa entra sin pedir permiso hasta nuestras habitaciones privadas?

Lord Ruthven permaneció en silencio, y solo arrojó una mirada infernal sobre David, y este leyó en los ojos del conde su sentencia, y se estremeció.

María hizo un esfuerzo sobre sí misma, y con voz enérgica dijo: os he preguntado, milord, qué motivo os trae delante de vuestra soberana, y nada respondéis. Veo, pues, que vuestro desacato necesita contenerse. Al decir esto tocó la campanilla de plata.

El lord Ruthven soltó una ronca carcajada y

(6) El 9 de Marzo, Morton entró al palto del palacio con ciento sesenta hombres, y sin ruido, y sin encontrar resistencia alguna, se apoderó de las puertas. La reina estaba cenando con Rizio, la condesa de Argyll, y un corto número de damas. El rey entró de repente por una puerta secreta, y después lo hizo Ruthven, que estaba pálido y estenuado, á causa de la larga enfermedad que había sufrido. Esta súbita y repentina aparición alarmó á los circunstantes; y Rizio conoció desde luego, que él estaba destinado á ser la víctima; y sobrecogido de un terror pánico, se refugió detras del sillón de la reina, creyendo que la magnitud real lo libertaría de la suerte que le aguardaba, etc. . . .

María recurrió á las lágrimas y á las amenazas para salvar á su favorito; pero todo fué inútil, pues el desgraciado Rizio fué arrancado con violencia, y sus enemigos desfogando contra él su rabia, le dieron cincuenta y seis heridas.—Robertson, *historia de Escocia*.

dijo:—Es en vano, señora: vuestras gentes están aseguradas y no os oirán, mientras que las de vuestro esposo Darnley, están apoderadas de las puertas de palacio.

—¿Queréis asesinaros, Milord? dijo la reina sobresaltada; esa es una infame traición que no sufrirá el pueblo escocés.

—Por San Andrés, contestó Ruthven, que de vos señora no queremos otra cosa, sino que gobernéis en justicia, y segun vuestra opinion; pero para esto es menester arrancar de vuestro lado este reptil, esta sabandija italiana.

—Silencio, Milord, interrumpió la reina con voz enérgica; matados mejor, y no vengaís á insultar á una muger y á una reina.

—Lo veis, señora, exclamó Ruthven furioso, lo veis: ese miserable italiano domina absolutamente vuestra voluntad, y ultraja con una privanza sin medida, á toda la nobleza de Escocia.

—Silencio, Milord, exclamó la reina colérica.—Es menester acabar de una vez, interrumpió Ruthven sacando un puñal.

David corrió á ocultarse entre las vestiduras de María.

—Miserable cobarde, sin resolucion para defenderse, y sin valor para morir, contestó Ruthven levantando el puñal que tenía en la mano derecha, mientras con la izquierda trataba de asir á David, que se ocultaba entre el vestido de María.

—Por piedad, Milord, calmaos, exclamó la reina enternecida al ver el frenesí, y la saña del conde.

—Entregad á ese hombre, señora.

—En nada os ha ofendido, Milord, contestó la reina en tono suplicante: es una preocupación injusta contra él; porque si hay males y calamidades en Escocia, no son culpa de él, sino. . . .

—Entregad á ese hombre, señora.

—Milord, exclamó María sollozando, os pide vuestra reina de rodillas la vida de este hombre.

—Entregadlo, señora.

—No os commovee, Milord, una muger que llora, una reina que suplica arrodillada ante su súbdito?

El conde estaba á punto de enternecerse, porque María estaba bella como nunca con su llanto y su dolor; pero á este tiempo entró Darnley y las gentes que estaban complicadas en esta trama infernal; y Ruthven recobrando su rabia arancó violentamente á David del lado de la reina, y le hundió el puñal en el pecho.

Milord Ruthven, por la sangre de Jesucristo, tend compasion de vuestra reina, de una pobre muger que llora y que abraza vuestras rodillas: perdonado.

—David murmuró á media voz, una estrofa que cantaba frecuentemente:

Muero amándote, lo juro.

Ruthven le hundió de nuevo el puñal.

—¡Ah! Milord, dijo la reina arrancándose el peinado, sois un cobarde, un infame. Habiéis venido á manchar las vestiduras de vuestra soberana con la sangre de su favorito, de su secretario; y esto no lo perdonaré jamás; la venganza de las mugeres es terrible.

Ruthven arrastró á David á la pieza inmediata.

—¡Ah! Conde Ruthven, algun dia os haré subir á un cadalso tan alto como vuestro crimen y . . . ¡Jesus, tened misericordia de mí!—María cayó desvanecida en brazos de la condesa de Argyll.

Darnley, pálido, con marcadas señales en los carrillos de su vida disoluta, miró á la reina y dejó escapar una sonrisa irónica.

David aun imploró el auxilio de María, la cual vuela en sí de su desmayo, se interpuso entre sus asesinos; pero estos rechazaron á la reina, y arrastrando al desgraciado músico á la pieza inmediata, le dieron cincuenta y siete puñaladas [7].

Cuando entraron los asesinos á la habitación de la reina, los preguntó.

—¿Habiéis acabado de matar á David?

—Respondieron afirmativamente.

—Pues bien, infames asesinos, contestó con voz enérgica, y como si no hubiera presenciado tan horrorosa catástrofe, ahora es menester enjugar mis lágrimas y pensar en la venganza.

Al dia siguiente partió en compañía de Darnley [8] para el castillo de Dumbar, donde en breve se le reunieron el conde Bothwell y otros nobles, con un ejército de mas de ocho mil hombres.

IV.

Muy poco tiempo había pasado, cuando la reina María se presentó á las puertas de Edimburgo con un ejército numeroso, para castigar la temeridad de los conjurados y asesinos de Rizio; estos, por su parte, desconcertados enteramente con la fuga de Darnley, y sin recursos ni gente para defenderse con buen éxito, huyeron á Inglaterra, y la reina entró triunfante en Edimburgo. Las medidas para la aprehension de los asesinos de Rizio se redoblaron; mas la reina, buena y elemente, perdonó á muchos, cuya culpabilidad no estaba plenamente probada, y solo dos individuos [y no de alta clase] fueron decapitados [9].

Dejemos á María ocuparse en los serios asun-

(7) Walter Scott, *historia de Escocia*.

(8) María aunque conoció que su esposo era acaso el principal agente del asesinato de Rizio, disimuló por el pronto, y lo persuadió á que retirara la guardia de conjurados, y se fuese con ella al castillo de Dumbar, todo con el fin de separarlo de los conjurados, y castigarlos con rigor.

(9) Keith, *apéndice* 130, 331.

tos del gobierno, en prevenir las intrigas de la corte de Inglaterra, en calmar la efervescencia de los partidos, y en adoptar medidas que aseguraran el establecimiento de la fe católica en Escocia, y considerémos rápidamente sus penas mortales.

Un acontecimiento tan trágico como el de la muerte del músico, en que el crimen y la insolencia vulneró de una manera tan atroz la dignidad soberana de María, en que ésta vió pálido, tembloroso, agonizante, cubierto de sangre al que había sido objeto de sus afecciones, hizo una terrible impresion en su alma, y le abrió una llaga tan profunda en el corazón, que nada era bastante para cicatrizarla; así es, que frecuentemente padecía unos accesos de melancolía, que degeneraban en locura.

A los cuatro meses del suceso mencionado dió á luz un niño [pues estaba en cinta cuando se cometió el crimen], que fué bautizado con el nombre de Jacobo VI [10]. Este suceso volvió á María parte de su tranquilidad perdida, pues la ocuparon los sentimientos tiernos y sublimes del amor maternal; mas á poco tiempo se consideró conveniente, para la seguridad del príncipe, separarlo de su madre; y ésta no tuvo ya ni á quien amar, ni con quien llorar sus infortunios, ¡Triste condicion la de las personas elevadas, que no les es permitido amar ni aun á sus hijos!

Una vez que se ha comenzado á trazar, aunque en compendio, la interesante vida de María Stuart, desearé vieren de no omitir ni los mas insignificantes pormenores de ella; mas como sería necesario extenderse demasiado, y no lo permite la estrechez de un periódico, fuerza será que lleguemos al punto donde otra catástrofe horrible tuvo lugar.

Darnley ahogó muy pronto los remordimientos que le ocasionara el crimen referido, y volvió á su vida disoluta, hasta que se enfermó gravemente en Glasgow. Aunque sobran á la reina motivos para aborrecer á su esposo, se puso en camino conmovida de su situación, y le prodigó, durante su gravedad, los mas solícitos cuidados.

Darnley, recobrado ya en el uso de sus sentidos, percibió una mañana, en su cabecera, á su esposa, y con la insolente audacia y la sardónica sonrisa que acostumbraba, la dijo:

—Milagro patente de San Andrés ha sido el que aun me conserve con vida.

(10) Su hijo Jacobo VI, rey de Escocia y de Inglaterra, que nació cuatro meses despues de esta aventura, tembló toda su vida á la vista de una espada desnuda, á pesar de los esfuerzos que hacia para sobreponerse á esta disposicion de sus organos. Tanto así es la fuerza de la naturaleza, cuando ella obra por resortes desconocidos!—VOLTAIRE.—Ensayo sobre las costumbres.

—Con efecto, Enrique, contestó María, vuestra enfermedad ha sido grave.

—No crea mi noble esposa que yo hago consistir el milagro en haber escapado de la enfermedad, sino en vivir cuando vos me habeis asistido.

—¿Qué queréis decir con eso, Enrique?

—Quiero decir, que lo que no hizo la enfermedad podia haber hecho un veneno, ó un puñal.

—Enrique, exclamó la reina encendida en cólera, esas son sospechas muy viles!

—¿Qué queréis, noble dama! cada cual es dueño de sospechar lo que le agrade.

—Os digo, Darnley, interrumpió María, que son sospechas que solo un corazón como el vuestro puede abrigar.

—Es que—

—Lo que es cierto, Darnley, que vos sois un mal caballero; y digo mas, un ingrato. Os preferi entre mil nobles caballeros, príncipes y reyes, que solicitaban mi mano, y os hice, de un simple y despreciable vasallo, el señor y dueño de un reino.

Os entregué mi hermosura, mi corazón, mi voluntad, mi amor.

Os hice dueño de mis tesoros, de mi opulencia, de mis palacios.

Os di parte en el gobierno del reino, os amé, Enrique, con toda la fuerza de mi alma, y hubiera dado mi vida á la mas leve insinuacion vuestra.

—María sollozaba.

Darnley guardaba silencio.

—Y vos, Darnley, qué habeis hecho en compensacion de tanta generosidad? ¡Ah! veniais ebrio, crapuloso, á hollar mi amor, á profanar mi lecho real, á llenar mi hermosura de baldon y de oprobio. Vos, os habeis unido contra los enemigos de vuestra esposa y de vuestra reina, y esto no es cumplir con los deberos de marido, ni con los de subdito. Vos, Darnley, habeis llevado de sangre los vestidos de la reina de Francia y de Escocia, le habeis echado acibar á torrentes en su vida, la habeis humillado como á la última muger perdida del pueblo.

María se mordía los labios, y lloraba.

Darnley se volteó del otro lado, recogió las cobijas, y le dijo con tono despreciativo y altanero.—Estáis imprudente por demas, señora, y haréis muy bien en volveros á Edimburgo, sin echarme sermones ni reprimendas.

María salió de la alcoba, diciendo: mi sangre, mi vida entra diaria yo por la venganza.

El conde de Bothwell que habia escuchado todo este diálogo, oculto detrás de la tapicería, salió al encuentro de la reina y le dijo:

—Mucho sufrís, reina mia: cualquiera diria al ver esa palidez, que vais á morir.

—Con efecto, conde, sufro mucho.

—¿Queréis un caballero que... —

—Mi vida y mi sangre daría por la venganza.

—Seréis satisfecha.

El conde de Bothwell hizo una reverencia á María, y desapareció.

La reina se retiró á su habitacion á llorar de rabia y de despecho.—Nunca habia sufrido tanto como en esta entrevista.

V.

Asegurado el conde de Bothwell con la palabra de María, dió rienda suelta al odio que habia concebido por el rey, y meditó una venganza digna de su saña. Bothwell estaba enamorado de la reina, y con esto queda explicado todo.

La habitacion en que estaba Darnley en Edimburgo, donde habia regresado con la reina á pesar de la acalorada cuestion de Glasgow, era una casa perteneciente al capellán de una colegiata llamada *Kirk of Field* [iglesia de los campos] [11]. Su situacion en una plazuela aislada, en un terreno elevado, le daba mil ventajas por la salubridad del aire; pero al mismo tiempo la soledad parece que favorecia cualquier atentado.

Bothwell, constante en sus proyectos, reunió una tropa de bandidos, y procurándose unas llaves falsas, penetró con ellos por las bóvedas subterranas de la iglesia; colocó justamente debajo de la alcoba de Darnley un barril de pólvora, y dejando una mecha encendida, se salió con mucha tranquilidad á esperar la explosion en un lugar retirado. En efecto, á poco momento, un horrible estallido se escuchó; los fragmentos de piedras y maderamen volaron por los aires, y con la luz del combustible, se vió un cuerpo—era el de Enrique Darnley, rey de Escocia.

La reina estaba á la sazón en un baile de máscaras; pero al estruendo que se escuchó salió precipitada. En la balaustrada del corredor estaba Bothwell pálido, inmóvil y fijo como una estatua de mármol.

—¿Qué ha sido eso? preguntó María, agitada.

Bothwell se acercó al oido de la reina y le dijo: "Darnley no cesite ya." Mañana á estas horas deseo tener una entrevista con S. M. en el palacio de Holy Rood.

VI.

Al dia siguiente, el conde se presentó á la hora convenida, y la reina lo recibió con muestras de indignacion. María era una muger fogosa, de pasiones vivas y ardientes; pero la sensibilidad dominaba sus acciones, y jamás podia aborrecer á los desgraciados. Bothwell conocia esto; pero habia dado un paso en el crimen para lograr su ambicion, y la cólera de la reina le importaba poco: no obstante, permaneció con una rodilla doblada delante de María sin hablar palabra, hasta que ésta lo hizo.

(11) Robertson, historia de Escocia.

—¡Stabeis, conde de Bothwel, que me habeis perdido!

—No fué esa mi intencion, noble señora; pero si así lo cree V. M., estoy pronto á reparar mi falta.

—Con vuestra cabeza, ¡no es verdad!

—De ninguna suerte: con mi mano, contestó el conde con mucha sangre fria.

—¡Vive Dios, conde! Creeria que venis á mostraros, ó que estais loco: levantaos, y hablad mas cuerdatamente en nuestra real presencia.

—Lo que he dicho es lo único que conviene á V. M. Si no soy príncipe ni rey, soy por las hazñas de mis antepasados, uno de los vasallos mas poderosos de vuestro reino; y ademas, señora, os amo con toda mi alma...

—Callad, conde: os repito que delirais, añadió María con una marcada solemnidad; y si habeis venido para esto á nuestro palacio, os damos nuestro permiso para que os retiréis.

—Veo que V. M. no tiene hoy beneplácito de escucharme; mas os hablaré breve y claramente, y eso terminará una entrevista, de la cual deben resultar mas bienes á V. M. que á su humil de vasallo.

—Os escucho, conde.

—No ignorais, señora, la suerte que Dios destinó al difunto rey.

—La infamia y la maldad mas inaudita, no Dios, lord Bothwell.

—Como queráis, noble señora; pero os diré que lo que vos necesitábais era venganza: la venganza ya está ejecutada.

—Milord, milord, vos me calumniáis; jamás os dije una palabra.

—La memoria es muy frágil, señora... decia que esto lo dispuso la Providencia, y no tiene ya remedio: pero el pueblo, señora, que no puede saber lo que vos sufristeis con vuestro esposo, que no puede comprender el corazón de una muger cuando la mas negra ingratitud lo destroza, dice...

—¿Qué dice? Milord, acabad.

—Dice, señora, que vos... y vuestro vasallo, han sido los asesinos del rey.

—¡Ah! Milord, me habeis envuelto en una trama horrible que va á costar mucha sangre á la Escocia.

—Os aseguro, señora, que yo no he tenido parte alguna en ella; pero repito que el pueblo y los envidiosos de la grandeza y hermosura de V. M., tendrán un pretexto...

—Les hablaré, les diré que vos...

—Señora, no os creerán.

—Mi inocencia...

—Sé que sois inocente; pero mirad que no os escucharán...

En efecto, mientras que este diálogo tenia lugar, se escuchó el rumor de una reunion que fu-

riosa clamaba contra los asesinatos del rey, dejando escapar algunas imprecaciones contra María.

—Lo veis, señora: el pueblo grita ya contra la hermosa reina á quien antes idolatrara....

María en un momento de debilidad tan común en las mugeres, y figurándose que el pueblo podía amotinarse e incendiar el palacio, exclamó conmovida; salvadme, Milord de Bothwell, salvadme porque todo el mundo me abandona.

—Oh señora, decidios por piedad, os amo, os adoro, y daré mi vida por la vuestra. Aun me quedan numerosos vasallos que á mi voz tomarán sus escudos y sus lanzas para defender á su soberana. Nos marcharemos á uno de mis castillos, allí reuniremos á nuestros amigos, y haremos espíar en el patíbulo, el arrojado de los temerarios que os insultan!

—Mas sangre todavía, conde!

—Pues bien señora, vos perdonareis, vos mandareis, vos seréis árbitra de ejecutar vuestra soberana voluntad, y yo no seré mas que vuestro esclavo....

El pueblo seguía gritando, y la reina dijo: Conde, oíd al pueblo; aquietadlo, salvadme, y haré cuanto gustéis.

—Gracias señora, gracias; me habeis hecho el mas feliz de los hombres.

Bothwell salió, y tomando cincuenta lanzas de la guardia de la reina, atravesó por en medio de la multitud gritando con voz de trueno:—Atras, canalla, marchad á vuestras casas, ú os hago colgar uno á uno. El pueblo se dispersó.

VII.

Poco tiempo después, la reina emprendió un viaje de Edimburgo á Sterling, y Bothwell emboscado con mil caballos en el camino, se apoderó de la persona de la reina, y la condujo al castillo de Dumbar, donde la retuvo cautiva ocho días. El hecho histórico es, que apesar de esta aparente violencia, María se casó al fin con Bothwell, y que este casamiento que se atribuye á un exceso de pasión en la reina, fué causa de multitud de desgracias.

Las naciones aliadas ó vecinas de Escocia, se disgustaron altamente con estos sucesos, que repetidos de boca en boca, llegaban á las cortes extranjeras con los mas horribles colores; estas murmuraciones despertaron al pueblo de Escocia del letargo en que lo tenían las maquinaciones de Bothwell, y se sublevó enérgicamente; los nobles contando con este poderoso apoyo, se conjuraron contra María, la obligaron á separarse de su esposo, y la condujeron prisionera al castillo de Lochleven.

Entre tanto Jacobo VI, fué coronado rey y el conde de Murray nombrado regente del reino. María apesar de los errores de su corazón,

era aun amada y querida de muchos de sus vasallos, lo cual le proporcionó la oportunidad de fugarse de su prision, y reunir un numeroso ejército, á cuya cabeza presentó batalla á sus enemigos, en el camino de Dumbarton, en una eminencia llamada *Langside Hill* (la colina de Langside). La fortuna que abandonaba ya enteramente á la intrépida María, y la impericia de sus generales, hicieron que la batalla se perdiera. Entonces María llena de terror, y casi loca y delirante, corrió sin tomar aliento hasta la Abadía de Dundrenan, distante como veinticinco leguas del sitio en que se había dado la acción.—Singulars aventuras, que parecen pertenecer á la novela!

En menos de diez días se vió la reina separada de su esposo y prisionera; despues libre y á la cabeza de un numeroso ejército, y por fin sola, prófuga, al traves de los bosques, y sin tener un amigo con quien llorar sus pesares.

Bothwell, prófugo tambien, miserable, sin asilo ni amigos, se reunió con unos bandidos, armó unos barcos, y se convirtió en jefe de piratas. Despues de mil combates y aventuras, fué hecho prisionero en las costas de Noruega; y aunque el haber descubierto su rango le evitó la muerte infame de sus compañeros, padeció diez años en una dura prision, hasta que agobiado con los sufrimientos y las enfermedades murió, sin tener el consuelo de que una sola gente del mundo hiciese de él una tierna memoria.

Recapitemos.—Francisco II, primer esposo de María, murió súbitamente en su mas florida edad.—Rizio, su secretario, asesinado.—Darnley, su segundo esposo, incendiado con un barril de pólvora.—Y Bothwell, entre los hierros de una prision.

Muchas tempestades se levantarán en la alma de María durante este tiempo; muchos dolores sentiría en su corazón; muchos tormentos la cercarían. La pluma no tiene poder para describirlos.

VIII.

Rápidamente hemos trazado las principales escenas de la vida de María Stuart; vida agitada, llena de amarguras y pesares; existencia triste, y devorada constantemente por el amor y por los celos; corazón herido y marchito por la ingratitude de los hombres; hermosura profanada por maridos bárbaros y disolutos; alma tierna de muger con todas sus debilidades y flaquezas, á quien faltó una direccion y un auxilio, para seguir constantemente un camino recto.

Arrojada María de su trono, proscrita, en union de un corto número de amigos, desecado su corazón, perdidas todas sus ilusiones, y presa de los mas crueles remordimientos á causa de sus funestos errores: la segunda época de su existencia

tencia pasó entre los lentos é insufribles martirios de una cautividad de diez y nueve años, durante los cuales, sufrió con santa resignacion los mas viles ultrajes, los tratamientos mas duros de parte de sus enemigos.

Despues de la derrota de Langside, el único recurso que quedó á la reina de Escocia fué acogerse á la proteccion de Isabel, y ésta en vez de tratarla como una parienta, como una amiga, como una aliada, vió llegado el suspirado momento en que podia disponer de la suerte de una muger, á quien habia constantemente envidiado y temido. María, pues, fué conducida prisionera al castillo de Bolton.

Entretanto, los partidarios de María alzaron el estandarte en su favor, el regente Murray fué asesinado, y el fanatismo mas encarnizado, y las escenas mas sangrientas que pueden contarse en historia alguna, tuvieron lugar en Escocia. Nada de esto resultaba en provecho de la cautiva, pues antes por el contrario, cada victoria, cada tentativa favorable del partido católico, aumentaba el furor de los protestantes, y ponía á la soberana de Inglaterra en el caso de estrechar mas y mas la prision de su hermana de Escocia, y á trasladarla de un castillo á otro. De Carlisle, se la condujo á Bolton; de Bolton á Tutbury, á Wingfield, á Conventry, á Chatsworth, y en todas partes la tristeza y el abatimiento, seguían á la ilustre cautiva.

Increible parece que en tan largo tiempo tuviese María la energía de alma necesaria para sobreponerse á los rigorosos tratamientos de las cárceles, á las crueles y groseras humillaciones que dia por dia la hacían sufrir sus enciagos.—Diez y nueve años de una vida semejante, es una eternidad entera, y solo en tiempos de barbarie y de revoluciones tan sangrientas, puede concebirse que tanto se liciera padecer á una muger, y á una muger reina, hermosa y desgraciada. ¡Cuántos títulos para la veneracion y el respeto!

IX.

Forzoso es abreviar una narracion tan penosa, y aproximar el desenlace de estos acontecimientos, visitando á María en sus últimas prisiones de Charley y Fotheringay.

Una tarde en que la reina se hallaba hecha presa de la mas negra melancolia, entró Curl su secretario y le dijo:

—Señora: Sir Tomas Georges acaba de llegar, me ha dicho que trae instrucciones de la reina Isabel, para moderar el rigor de vuestro cautiverio; y que en consecuencia se os permite que salgais á caballo á dar un paseo por el parque.

—Dile á Sir Georges, contestó María con tono indiferente, que dé á mi nombre las gracias á mi noble hermana Isabel, porque me concede

permiso para montar á caballo, cuando mi salud apenas me permite tenerme en pie: que esa es una bondad sin límites, y una prueba de la exquisita sensibilidad de una reina de Inglaterra.... Pero no le digais eso, mi buen Curl....

—Permiso simplemente, que si pudiere, usaré de su permiso....

—Pero Señora, interrumpió Curl, desco saber si efectivamente saldreis.

—No me mové de aquí, Curl; las fuerzas físicas y morales me han abandonado de pocos dias á esta parte, y no deseo mas que salir de esta miserable y desgraciada vida.

—Os haria tanto bien el aire del campo, señora, que me atrevo á suplicaros que os aprovecheis del permiso.

—Curl, me haria acaso mas perjuicio que bien! ¡Ver los lagos, las flores, los pájaros que vuelan libres por el viento, despues de tantos años de prision y cautiverio! ¡Oh! esa emociion me mata.

—Bien, señora, bien: voy á disponer lo conveniente para vuestro paseo, pues veo que aun podeis gozar de algunos momentos de felicidad.

—Sea como lo deseas, Curl.

El secretario salió y María quedó gozosa, pensando en su paseo, con el placer infantil con que un niño aguarda algun dige curioso.

Imposible seria describir la alegría de la reina, cuando se vió en el campo, libre, y respirando el puro ambiente de las flores. ¡Oh! decia, ¡qué hermoso lago, tan tranquilo, tan azul, tan terso como un espejo! ¡Qué arboles tan verdes y tan copados! ¡Qué ares tan hermosas! ¡Qué aspecto tan risueño el de la naturaleza! Como ella le sidó tambien feliz; como estos árboles he tenido una primavera en la deliciosa Francia; como estos pájaros he sidó yo libre y desquiciada del porvenir. ¡Oh! Curl, soy feliz; y esta lágrima que asoma á mis ojos ahora, es la primera que me ha hecho derramar la alegría, despues de diez y nueve años.

Mientras que la pobre María se entregaba á estas emociiones, Sir Tomas Georges apasionó las personas de los servidores mas adictos de la reina; y fracturando las gabelas donde tenian encerrados sus papeles mas secretos, se apoderó de ellos con el fin de entregarlos á Isabel.

María regresaba de su paseo, y multitud de mendigos le rodearon para recibir la limosna que tenia costumbre de darles.—Hijos míos, nada puedo daros, porque ahora soy tan desgraciada, y tan indigente como vosotros.

Al entrar en su habitacion encontró á Sir Georges, que salía con los papeles en la mano.

—¡Qué haceis, Sir Georges! ¡Por qué habeis asaltado nuestra habitacion, y fracturado nuestros muebles, como un bandido!